HISTORIAS DEL SEÑOR KEUNER

BERTOLD BRECHT

El señor Keuner, el pensador, está siempre a tiro de pregunta. El señor Keuner tiene unas cuantas ideas, fácilmente combinables, en las que basa las respuestas a las preguntas, pertinentes o impertinentes de la gente alrededor. Las respuestas del señor Keuner no son nunca políticas (el señor Keuner no pretende nada), sino el resultado de la combinatoria de los datos de su experiencia, en consecuencia, las respuestas del señor Keuner son, en general, desconcertantes.

El señor Keuner es el personaje a través del que Bertolt Brecht expresa su experiencia moral. El señor Keuner es el señor Brecht, uno de los poetas más importantes y, sobre todo, más determinantes del siglo XX.

Bertolt Brecht

Historias del señor Keuner

ePub r1.0
Titivillus 23-05-2021

Título original: *Geschichten vom Herrn Keuner*
Bertolt Brecht, 1958
Traducción: Eduardo Subirats

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

LA MÁS SABIA DE TODAS LAS SABIDURÍAS RESIDE EN LA ACTITUD

Un profesor de filosofía acudió a la casa del señor K. para mostrarle su saber. Pasado un rato, el señor K. le dijo: —Estás sentado de una manera incómoda, hablas incómodamente, piensas incómodamente. Encrespado, el profesor de filosofía respondió: —No se refería a mí lo que yo quería saber, sino al contenido de lo que estaba diciendo. No tiene ningún sentido —dijo el señor Keuner. —Andas con torpeza y no he visto que tus pasos te condujeran a ninguna parte. Hablas de manera obscura y tu conversación no ha arrojado ninguna luz. Basta ver tu actitud para perder las ganas de conocer tu objetivo.

ORGANIZACIÓN

El señor K. dijo en cierta ocasión: —El Pensador no necesita demasiada luz, ni un pedazo de pan en exceso, ni una idea de más.

MEDIDAS CONTRA LA VIOLENCIA

El señor Keuner, el Pensador, se pronunciaba contra la violencia en una sala pública, cuando se percató de que su auditorio se apartaba de él y se alejaba. Miró en torno suyo y vio que, de pie, a sus espaldas, se hallaba… la Violencia.

—¿Qué estabas diciendo? —le preguntó la Violencia.

—Me estaba pronunciando en favor de la violencia —respondió el señor Keuner.

Cuando el señor Keuner se hubo marchado, sus discípulos le preguntaron donde había quedado su valor. —No tengo valor para romper a porrazos —dijo el señor Keuner— porque precisamente quiero vivir más tiempo que la violencia.

Y el señor Keuner relató la siguiente historia:

«Eran los tiempos de la ilegalidad cuando un día llegó a la casa del señor Egge, el que había aprendido a decir No, un agente exhibiendo un certificado expedido en nombre de aquellos que dominaban la ciudad; en él se decía que al agente le pertenecía toda casa en la que pusiera sus pies; también debía pertenecerle toda la comida que pidiese y asimismo tenía que servirle fielmente toda persona que se cruzara en su camino.

»El agente tomó asiento en una silla, pidió de comer, se lavó, se acostó y, antes de dormirse, con la cara apoyada contra la pared, preguntó: —¿Quieres servirme de criado?

»El señor Egge le cubrió con una manta, espantó las moscas y veló su sueño, y como ese día le siguió obedeciendo durante siete años. Mucho sería lo que hizo por él, pero de una cosa se abstuvo: de pronunciar una sola palabra. Pasados los siete años, el agente, que había engordado de tanto comer, dormir y mandar, murió. El señor Egge lo enrolló con la deteriorada manta, lo arrastró fuera de la casa, limpió la estancia, blanqueó las paredes, respiró y dijo: —¡No!».

DE LOS DETENTORES DEL SABER

—Quien detenta el saber no necesita luchar, ni debe decir la verdad, ni prestar servicios, ni siquiera córner, ni tampoco debe desdeñar los homenajes. Quien detenta el saber sólo tiene una de todas las virtudes: la de detentar el saber —dijo el señor Keuner.

ESCLAVO DE SUS FINES

El señor K. hizo las siguientes preguntas:

«Cada mañana, mi vecino pone música en su gramófono. ¿Por qué pondrá música? Ya lo oigo, porque hace gimnasia. ¿Y por qué hace gimnasia? Porque necesita fortalecerse es lo que me dicen. ¿Pero, por qué querrá fortalecerse? Porque tiene que vencer a sus enemigos de la ciudad, responde él. ¿Y por qué tiene que vencer a sus enemigos? Porque quiere comer, oigo decir».

Cuando el señor K. supo que su vecino ponía música para hacer gimnasia, hacía gimnasia para fortalecerse, quería fortalecerse para sacudir mejor a sus enemigos, y sacudía a sus enemigos para comer, siguió preguntando: —¿Y por qué come?

LA FATIGA DEL MEJOR

¿En qué está trabajando Usted? —le preguntaron al señor K. Este respondió: —Tengo mucho trabajo, estoy preparando mi próximo error.

EL ARTE DE NO SOBORNAR

El señor K. recomendó cierta persona a un comerciante por su garantizada insobornabilidad. Dos semanas más tarde, el comerciante acudió de nuevo al señor K. y le preguntó: —¿Qué quería decir Ud. por insobornabilidad? El señor K. respondió: —Cuando digo que una persona a la que tú colocas en un empleo es insobornable quiero decir que no podrás sobornarla. —Vaya —exclamó el comerciante afligido— entonces tengo sobradas razones para temer que su personaje se deje sobornar incluso por mis enemigos. —Esto lo ignoro —respondió el señor K. con la mayor indiferencia. —A mí, en cambio —se quejó amargamente el comerciante —me hace siempre la pelota, es decir que también se deja sobornar por mí. El señor K. sonrió con altivez. —Por mí —dijo— no se deja sobornar.

EL AMOR A LA PATRIA Y EL ODIO A LAS PATRIAS

El señor K. no consideraba necesario establecer su residencia en un país determinado. —Malvivir puedo hacerlo en todas partes —solía decir. Un día paseaba por una ciudad que había sido ocupada por el enemigo del país en el que residía. Bruscamente se cruzó con un oficial de dicho enemigo que le obligó a descender de la acera. El señor K. descendió indignándose contra aquel individuo, y no sólo contra él, sino sobre todo contra el país al que pertenecía, hasta el extremo de desear verlo arrasado por un terremoto. —¿Cómo me habré convertido en un nacionalista en este instante? —se preguntó el señor K.—. Será por haberme cruzado con una nacionalista. Y es por eso que debe extirparse la necedad, pues convierte en necio a quienquiera que se cruce en su camino.

LO PEOR TAMPOCO SE PAGA BARATO

Reflexionando sobre la humanidad fue como el señor Keuner llegó a sus concepciones sobre la distribución de la pobreza. Un día, paseando la mirada por su casa, sintió el deseo de tener unos muebles distintos que fuesen peores, más baratos y más pobres. Inmediatamente acudió al carpintero y le encargó que raspara el barniz de todos sus muebles. Sin embargo, una vez raspados, los muebles no tenían un aspecto pobre, sino únicamente desgastado. Ello no impidió que tuviera que desembolsar su dinero para pagar la factura del carpintero, y todo para que, a fin de cuentas, el señor Keuner se viera obligado a desprenderse de sus propios muebles y a comprar otros, más pobres, más baratos y peores. Al reparar en esto no pocas personas convirtieron al señor Keuner en la víctima de sus mofas, pues sus muebles pobres le habían costado más caros que los barnizados. Pero el señor Keuner decía: —No es el ahorro lo que corresponde a la pobreza, sino el despilfarro. Os conozco de sobras, vuestra pobreza no cuaja con vuestras ideas. En cambio a mis ideas no les va la riqueza.

MORIRSE DE HAMBRE

Cuando en una ocasión le preguntaron al señor K. por su patria él dio por toda respuesta: —Morirme de hambre puedo hacerlo en cualquier parte. Pero uno de sus interlocutores, más puntilloso, le preguntó por qué decía que se moría de hambre, cuando en realidad tenía que comer. El señor K. se justificó diciendo: —Quizás quería decir que puedo vivir en cualquier parte si quiero vivir donde reine el hambre. Tiene usted razón en que existe una gran diferencia entre morirse de hambre y vivir donde reina el hambre. Pero debo alegar en mi defensa, que, para mí, vivir donde reina el hambre aunque menos grave que morirse de hambre, no deja de ser grave. Tal vez para otros no tendría importancia que yo pasara hambre, pero es importante que yo esté en contra de que reine el hambre.

CONSEJO PARA CUANDO NO SE SIGUE UN CONSEJO

El señor K. sugería que a cada consejo amistoso se añadiera, siempre que ello fuera posible, otro consejo, útil para cuando no se siguiera el primero. Así, a una persona que se hallaba en un trance apurado le propuso una manera de obrar que perjudicase tan poco como fuera posible a los demás, pero no dejó de prescribirle otro proceder, no tan inocuo, pero tampoco el más despiadado: —A quien no lo puede todo —dijo el señor K.— no se le debe permitir lo mínimo.

ORIGINALIDAD

Hoy en día —se lamentaba el señor Keuner— existen incontables personas capaces de vanagloriarse públicamente de poder escribir grandes libros sin apoyos ajenos, y por si fuera poco esa actitud es acatada por todo el mundo. El filósofo chino Tsuang-Tsi llegó a escribir en su edad madura un libro de cien mil palabras que en sus nueve décimas partes se componía de citas. Pero entre nosotros no pueden escribirse semejantes libros, nos falta para ello el espíritu necesario. Hoy sólo se presentan las ideas que son de cuño propio, llegándose a pensar que quien no las produce en suficiente cantidad es un simple holgazán. Por supuesto que de esta manera no hay ideas adoptadas de otros, pero tampoco existen formulaciones de un pensamiento que pudiera citarse. Y que poco necesitan estas personas para desempeñar su actividad. Una pluma y algo de papel es lo único que podrían exhibir. Y sin otro auxilio, con el solo material que cabría en las manos de una persona, son capaces de levantar su pequeña barraca. Pues desconocen edificios mayores de los que uno solo es capaz de construir.

LA PREGUNTA DE SI DIOS EXISTE

Una persona preguntó al señor K. si Dios existía. Este dijo: —Te aconsejo que primero reflexiones si tu proceder se modificaría según fuera la respuesta a esta pregunta. Pues si no tuviera que cambiar para nada, más valdría olvidarnos de la pregunta. Y si cambiara, en este caso al menos podría ofrecerte alguna ayuda diciéndote que ya te habrías decidido de antemano: necesitarías un Dios.

EL DERECHO A LA DEBILIDAD

El señor K. ayudó a una persona que se hallaba en un trance difícil. Una vez resuelto, ésta no dio muestras del menor agradecimiento.

Pero el señor K. llenó de asombro a sus amigos cuando se lamentó vivamente de la ingratitud de aquel sujeto. Consideraban que el proceder del señor K. era poco delicado e incluso llegaron a decirle: —¿Y no sabes que no debe hacerse un favor por el puro placer de recibir gratitud? El hombre es un ser demasiado débil para ser agradecido. —¿Y yo? —preguntó el señor K.— ¿es que acaso no soy también humano? ¿Por qué no podría ser yo lo suficientemente débil como para esperar el agradecimiento? La gente cree reconocer su necedad por confesar que ha sido víctima de una infamia. ¿Y por qué?

EL MUCHACHO DESAMPARADO

El señor Keuner se estaba refiriendo a la mala costumbre de tragarse calladamente la injusticia recibida y relató la siguiente historia:

«Un transeúnte se encontró en una ocasión con un muchacho que gemía en silencio y le preguntó por el motivo de su pesar. —Había ahorrado dos reales para ir al cine —le respondió el muchacho— pero se me ha acercado un chico y me ha arrancado uno de la mano —y diciendo esto señaló a otro muchacho que se divisaba en un punto algo alejado. —¿Y no has gritado auxilio? —le preguntó el caballero. —¡Claro! —dijo el muchacho gimoteando con más fuerza. —¿Y nadie te ha oído? —le preguntó de nuevo, sondándole cariñosamente. —No —sollozó el muchacho. —¿Pero es que no puedes gritar más fuerte? —le preguntó por fin el caballero. —No —repuso el muchacho con una nueva esperanza en sus ojos. El caballero se sonrió. —Pues dame el que te queda —le dijo por toda respuesta —y arrebatándole el real que le quedaba siguió despreocupadamente su camino».

EL SEÑOR K. Y LA NATURALEZA

Cuando le preguntaron al señor K. cuál era su actitud hacia la naturaleza, éste respondió: —De cuando en cuando me gustaría ver un par de árboles al salir de casa. Sobre todo porque sus cambios a lo largo del día y de las estaciones dan una impresión particular de realismo. Además, con el tiempo las ciudades acaban por abrumamos; nunca nos encontramos con otras cosas que objetos funcionales, edificios o tranvías que, deshabitados, dan una impresión de vacío y cuando no se usan adquieren un carácter absurdo. Nuestro singular orden social convierte incluso a los hombres en uno más de estos objetos funcionales, y es por eso que los árboles tienen para mí, que no soy carpintero, carácter de autenticidad y de independencia, y tengo la esperanza de que incluso para el carpintero albergan algo en sí mismos que no es rentabilizable. —¿Y por qué no se va alguna vez al campo con su coche, si tanto le gusta a Ud. ver los árboles? —le preguntaron. El señor Keuner respondió: —Ya le he dicho que desearía ver los árboles al salir de casa. (El señor Keuner dijo también: —Es preciso que disfrutemos de la naturaleza con moderación. Merodeando por la naturaleza sin una actividad precisa, sin trabajar, es muy fácil caer en un estado enfermizo: uno es atacado por una especie de acceso de fiebre).

PREGUNTAS CONVINCENTES

—He observado —dijo el señor K. —que muchas personas se horrorizan de nuestra doctrina porque a todo sabemos darle una respuesta. ¿No podríamos añadir a nuestra propaganda una lista con las cuestiones que consideramos irresueltas?

FORMALIDAD

El señor K., que era partidario de que en las relaciones humanas reinase siempre el orden, se vio complicado a lo largo de su vida en multitud de contiendas. En cierta ocasión se encontró involucrado en un lance desagradable que requería acudir aquella misma noche a varias citas convocadas en puntos muy distantes de la ciudad. Pero el señor K. estaba enfermo y tuvo que pedir a un amigo que le prestara un abrigo. Este se lo prometió, a pesar de que ello le obligaba a aplazar un compromiso. Por la tarde, la situación del señor K. se agravó hasta el punto de que sus caminatas se hicieron superfluas, surgiendo en cambio tareas de muy distinta índole. No obstante, y pese al tiempo exiguo de que disponía, el señor K., manteniendo celosamente su palabra, acudió puntualmente para recoger aquel abrigo que entre tanto se había hecho innecesario.

EL REENCUENTRO

Un conocido al que el señor K. no había visto desde hacía tiempo le saludó con estas palabras: —¡Caramba, señor Keuner, no ha cambiado usted nada! —¡Oh! —exclamó éste palideciendo.

DE LA ELECCIÓN DE LAS BESTIAS

Cuando el señor Keuner, el Pensador, oyó decir
que el criminal más famoso de la ciudad de Nueva York,
especulador de alcohol y múltiple asesino,
fue muerto a tiros como un perro
y enterrado sin más contemplaciones,
manifestó perplejidad.

—¡Cómo, —exclamó— a dónde hemos llegado
cuando ni siquiera un criminal puede estar seguro de sus días
y ni tan sólo el que está dispuesto a todo
puede alcanzar el merecido éxito!
Ya se sabe que no tiene remedio
el que se hace cargo de su dignidad humana.
¿Pero, y quiénes se desentienden de ella?
¿Acaso el que sortea el abismo
se precipitará desde las alturas?
De noche, mientras duermen, se estremece bañada en sudor la gente honrada
y tiembla con horror al oír los pasos más discretos;
hasta en el sueño les persigue su buena conciencia.
¡Y me cuentan ahora que ni un criminal
puede ya descansar en paz!
¡Qué desconcierto!
¡Qué tiempos los que vivimos!
Con una trivial simpleza me dicen
que no se ha hecho nada más.
Con un solo asesinato
ya no se consuela nadie.
A dos o hasta tres delitos cada mañana,
estaría dispuesto cualquiera de nosotros.
¿Pero de qué sirve la buena disposición

si todo está en manos del azar?
Ni la falta de escrúpulos es suficiente ya
cuando sólo los resultados cuentan.

Incluso al desalmado
lo llevan a la fosa sin ostentación.
Tantos hay ya como él
que no llama la atención.
Hubiera conseguido la tumba a más bajo precio,
él, al que tanto le inquietaba el dinero.

¡Tantos crímenes
y tan breve día!
¡Tantos delitos
y tan pocos amigos!
De estar desamparado
no hubieran sido menos.
¿Cómo no vamos a perder el coraje
en presencia de casos así?
¿Después de esto qué nos cabe esperar?
¿Qué otros delitos podemos maquinar?
No conviene alimentar grandes exigencias,
viendo casos como éste —dijo el señor Keuner.
—Uno acaba desalentándose.

MATERIA Y FORMA

El señor K. contemplaba un cuadro en el que se mostraban algunos objetos de formas sumamente caprichosas, y dijo: —Cuando contemplan el mundo, a algunos pintores les sucede lo que a muchos filósofos. A fuerza de obsesionarse por la forma acaban perdiendo de vista la materia. En una ocasión trabajé con un jardinero. Me puso en las manos unas tijeras de podar y me dijo que podara un laurel. El árbol estaba plantado en una maceta y se alquilaba en las solemnidades. A este fin debía tener la forma de una bola. Comencé inmediatamente cortando los retoños más revoltosos, pero a pesar de mis empeños no lograba conseguir la forma de una bola. Unas veces cortaba demasiado de un lado, otras, del lado contrario. Cuando por fin pude lograr la bola resultó que ésta era muy pequeña. El jardinero la observó, pronunciando, no sin decepción: —Muy bien, aquí tenemos una bola, pero ¿dónde está el laurel?

CONVERSACIONES

—Es imposible sostener una conversación entre nosotros dos —le dijo el señor Keuner a cierta persona. —¿Y por qué? —le preguntó ésta con sorpresa. —En su presencia no se me ocurre nada razonable —contestó el señor K. —Pero si no me importa en absoluto —dijo consoladoramente su interlocutor. —Lo creo —respondió el señor K. molesto— pero a mí sí me importa.

HOSPITALIDAD

Cuando el señor K. recurría a la hospitalidad de un amigo dejaba su habitación tal como estaba, porque no le importaba en absoluto que las personas imprimiesen su estilo en las cosas que les rodeaban. Al contrario, se esforzaba por modificar su carácter de manera que se adaptase a las condiciones de la morada. Por lo demás, ello no podía obstaculizar sus propósitos. Cuando el señor K. brindaba hospitalidad a un amigo cambiaba al menos una silla o una mesa de su lugar habitual, para mostrarse condescendiente con su invitado. —Ya que es mejor que sea yo quien decida lo que le va bien y lo que le va mal —decía.

CUANDO EL SEÑOR K. AMABA A UNA PERSONA

—¿Qué hace usted, le preguntaron al señor K., cuando ama a una persona? —Le hago un dibujo —respondió el señor K.— y procuro que se le parezca. —¿Quién, el dibujo? —No —dijo el señor K.—, la persona.

DE LA PERTURBACIÓN DEL «POR EL MOMENTO»

En una ocasión, estaba invitado el señor K. con otras personas hasta cierto punto desconocidas, cuando reparó que sus anfitriones ya habían dispuesto los cubiertos para el desayuno en una mesita arrimada a la pared del dormitorio y próxima a la cama. Mientras seguía con la mente distraída en este singular suceso, agradecía para sus adentros a sus anfitriones la prisa con que lo despedían. Luego pensó si él mismo no hubiera podido preparar los cubiertos del desayuno por la noche, antes de acostarse. Tras algunas reflexiones llegó a la conclusión de que en determinados casos era mejor así. Y asimismo consideró correcto que otras personas se detuvieran ocasionalmente a reflexionar sobre esta cuestión durante cierto tiempo.

ÉXITO

Viendo pasar una actriz el señor K. dijo: —Es bonita. Su acompañante añadió: —Recientemente ha tenido mucho éxito porque es bonita. —No —objetó el señor K. con un aire molesto— es bonita porque ha tenido éxito.

EL SEÑOR K. Y LOS GATOS

El señor K. no amaba a los gatos. No los creía amigos del hombre, por lo que tampoco era amigo de ellos. —Si tuviéramos los mismos intereses —decía— su actitud hostil me sería indiferente. Ahuyentar a los gatos de sus, sillas era algo que el señor K. hacía a disgusto. Acomodarse apaciblemente requiere todo un esfuerzo, y un esfuerzo eficaz. Cuando los gatos gemían ante su puerta se levantaba de la cama, incluso en las noches frías, y los dejaba pasar al calor. —Su cálculo es muy simple, —decía— si llaman se les abre la puerta y cuando ya no hay que abrir dejan de llamar. Llamar es en sí un progreso.

EL ANIMAL PREDILECTO DEL SEÑOR K.

Cuando le preguntaran al señor K. cuál era el animal que más apreciaba, él nombró al elefante, razonando de la siguiente manera: —El elefante reúne la astucia y la fuerza. Pero no la astucia mezquina que se contenta con sortear una centinela nocturna y atrapar comida aprovechando una distracción, sino la astucia que emplea la fuerza para grandes empresas. Por dondequiera que pase este animal deja un amplio rastro. Y a pesar de todo tiene un buen carácter y sabe aceptar las bramas. Es un buen amigo, como también un buen enemigo. Ser grande y pesado no le impide ser veloz. Con la trampa puede llevarse a su enorme cuerpo los alimentos más pequeños, incluso las nueces. Sus orejas son móviles: sólo escucha aquello que le agrada oír. También llega a una edad anciana. Además, es sociable, y no sólo con los elefantes. En todas partes es querido, al tiempo que temido. Una cierta ironía ha querido que incluso pueda ser venerado. Tiene una reda piel en la que se parten los cuchillos, y sin embargo su temperamento es sensible. Es capaz de entristecerse, pero también puede encolerizarse. Le gusta bailar. Muere en los bosques. Ama a los niños y a los demás, animales pequeños. Es gris y sólo llama la atención por su tamaño. No es comestible. Es capaz de trabajar, y lo hace bien. Le gusta beber y a menudo se alegra. Además contribuye al arte… proporcionando marfil.

LA ANTIGÜEDAD

Al contemplar un cuadro «constructivista» del pintor Lundstrom que representaba unos cántaros dijo el señor K: —Un cuadro de la Antigüedad, de una época de barbarie. En aquella edad remota los hombres no sabían distinguir las cosas; ni lo redondo les parecía romo, ni puntiagudo lo agudo. Los pintores tuvieron que recomponer de nuevo las cosas y mostrar a su clientela objetos distintos, unívocos y precisos; hasta tal extremo reinaba lo confuso, vago y equívoco. Era tanto su afán por encontrar un hombre insobornable en aquellos tiempos, que estaban dispuestos a vitorear al primer loco que se encontraran a su paso, con tal de que no quisiera poner precio a su locura. El trabajo se repartía entre muchos como ya puede verse en este cuadro. Los que determinaban la forma de las cosas no ~se preocupaban en absoluto por su función. En ese cántaro no se puede verter agua. Debieron existir en aquellos tiempos muchos hombres que sólo eran considerados como objetos de uso. También contra esto tuvieron que oponerse los artistas. ¡Bárbara edad la Antigüedad!

Pero el señor K. fue advertido de que aquel cuadro era, en realidad, una obra de arte contemporánea.

Sí, sí, ya sé —dijo el señor K.— de la Antigüedad.

UNA BUENA RESPUESTA

A un obrero le preguntaron ante el tribunal si quería prestar juramento bajo la forma confesional o la forma laica. Este respondió: —Me encuentro en paro. —Eso no fue solamente una evasiva —observó el señor Keuner—. Con esta respuesta dio a entender qué se hallaba en una situación en que semejantes preguntas, si no todo el proceso judicial, carecen en sí mismos del menor sentido.

EL ELOGIO

En cierta ocasión el señor Keuner oyó cómo sus antiguos alumnos le elogiaban y dijo: —Cuando los discípulos han dejado en el olvido remoto los errores de su maestro, él se acuerda todavía de ellos.

DOS CIUDADES

El señor K. prefería la ciudad B a la ciudad A. —En la ciudad A —solía decir— me quieren, pero en la ciudad B son amables conmigo. En la ciudad A era requerido, pero en la ciudad B era necesario. En la dudad A me invitaban a la mesa, pero en la dudad B me invitaban a la cocina.

UN FAVOR DE AMIGO

En una ocasión, el señor K. contó la siguiente historia como la mejor ilustración del justo modo en que debía hacerse un favor a un amigo: «Tres jóvenes acudieron a la casa de un anciano árabe y le relataron lo siguiente: —Nuestro padre ha muerto. Nos ha dejado diecisiete camellos y en el testamento dispuso que el mayor se quedase con la mitad, el segundo con la tercera parte y di menor con una novena parte de los camellos. Pero no hay manera de que nos pongamos de acuerdo en el reparto. Decídelo tú mismo. El árabe reflexionó y dijo: —Por lo que veo, para hacer el reparto os hace falta otro camello. Yo no tengo más que uno, pero lo pongo a vuestra disposición. Lleváoslo y haced d reparto, pero devolvedme luego lo que os sobre. Los tres jóvenes le agradecieron aquel favor amistoso, se llevaron el camello y se repartieron después los dieciocho camellos, de manera que al mayor le correspondiera la mitad, es decir nueve, al segundo una tercera parte, o sea seis, y al menor una novena parte, es decir dos camellos. Pero una vez colocados a un lado sus respectivos camellos, vieron para su sorpresa que sobraba uno. Lo cogieron y lo devolvieron a su viejo amigo, reiterándole su agradecimiento».

El señor K. observó que este favor de amigo era justo porque no requería ningún sacrificio.

EL SEÑOR K. EN UNA CASA AJENA

Al entrar en una casa ajena, y antes de tomar asiento, el señor K. buscaba ante todo con la mirada las puertas de salida, sin reparar en ninguna otra cosa. A la pregunta de por qué, repuso tímidamente: —Es una vieja y dichosa costumbre^ Sí, me parecería muy adecuado que en mi casa hubiera también más de una puerta de salida.

EL CONSECUENTE SEÑOR KEUNER

Un día, el señor Keuner consultó lo siguiente a uno de sus amigos: —Desde no hace mucho me encuentro con frecuencia a un sujeto que vive enfrente de mi casa. Y no tengo ganas de seguir relacionándome con él. Sin embargo, carezco de razones, tanto para mantener trato con él como para romperlo. Pero he descubierto que recientemente, cuando compró la casa en la que antes vivía como inquilino, hizo talar un ciruelo que crecía frente a su ventana y le quitaba luz, y esto a pesar de que las ciruelas aún no habían acabado de madurar. ¿Debo considerar este hecho como una razón suficiente para romper mis relaciones con él, al menos por lo que a mí respecta o en lo que a él respecta?

Unos días después, el señor K. contó a su amigo: —Ya he roto las relaciones con ese tipo. Figúrese usted, desde hacía meses había pedido a su antiguo casero que hiciera talar el árbol porque le quitaba luz. Pero éste no quería, esperando obtener antes las ciruelas. Y ahora que la casa ha pasado a sus manos, hace que talen inmediatamente el árbol, cuando todavía está atiborrado de ciruelas completamente verdes. Así que he roto mis relaciones con él por su proceder inconsecuente.

LA PATERNIDAD DE LAS IDEAS

En una ocasión se le reprochó al señor K. el deseo excesivamente manifiesto de paternidad de las ideas. —Nunca ha habido un pensamiento cuya paternidad no haya consistido en un deseo —respondió—. Y lo único que cabe preguntarse es de qué deseo se trata. No hace falta reflexionar acerca de que un niño hubiera podido ser huérfano para descubrir que la determinación de la paternidad suele ser asunto difícil.

LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA

A menudo, el señor K. se refería a una disposición jurídica de la antigua China que consideraba ejemplar en muchos aspectos, en virtud de la cual para los grandes procesos se hacía acudir a los jueces de provincias muy alejadas. De este modo era mucho más difícil sobornarlos (aunque probablemente fueran menos insobornables), pues los jueces locales, personas, en fin, que en este sentido los conocían perfectamente y alimentaban hacia ellos no poco rencor, velaban cuidadosamente su insobornabilidad. Por lo demás, estos jueces venidos de regiones lejanas no estaban familiarizados con los usos y circunstancias del lugar por su experiencia cotidiana, de forma que tenían que informarse previamente de todos los detalles. Pero con ellos podían percatarse precisamente de los matices más chocantes. Y además, no se veían obligados a lastimar en nombre de la virtud y de la objetividad otras muchas virtudes tan notables como la gratitud, el amor a los niños o la sinceridad de los allegados, ni traían la necesidad de armarse con el coraje que se requiere para crearse enemigos alrededor.

SÓCRATES

Después de leer un libro de historia de la filosofía, el señor K. se mostró muy adverso a las tentativas de los filósofos por presentar las cosas como fundamentalmente incognoscibles. —Cuando los sofistas afirmaban saber mucho, sin haber estudiado la menor cosa, se presentó Sócrates con la arrogante aseveración de que sabía que no sabía nada. Pudiera esperarse que a esta frase añadiera: pues tampoco yo he estudiado nada (hay que estudiar para saber algo). Sin embargo, parece que no siguió hablando y acaso los estrepitosos aplausos que estallaron recién terminada su primera frase y que se prolongaron por dos mil años hayan ahogado una segunda frase.

EL ENVIADO

Recientemente tuve ocasión de conversar con el señor K. sobre el caso del enviado de una potencia extranjera, el señor X., que había llevado a buen término ciertas comisiones de su gobierno en nuestro país y, a su regreso, como supimos con pesar, fue víctima de una severa medida reprensiva, pese a los grandes éxitos que había conseguido. —Se le. acusó de que para llevar a término sus negociaciones había trabado relaciones demasiado cordiales con nosotros, con el enemigo —le dije—. ¿Pero cree usted acaso que sin proceder de esta manera hubiera alcanzado tan grandes éxitos? —Lo dudo, —respondió el señor K.— tenía que comer bien para negociar con sus enemigos, tenía que cumplimentar a delincuentes y mofarse de su propio país para conseguir su objetivo. —Entonces, actuó como debía —le dije. —Sí, naturalmente —añadió el señor Keuner distraídamente—. Ha actuado muy bien en este asunto. Y diciendo estas palabras hizo ademán de despedirse. Sin embargo, le agarré por las mangas para retenerlo un instante más. —¿Y por qué a su regreso se le consideró entonces con ese rigor? —le pregunté indignado. —Se debió acostumbrar a la buena comida; además, seguramente continuaría sus relaciones con delincuentes y sus juicios se habrían vuelto equívocos —respondió el señor Keuner, con indiferencia. —¿Y cree usted que obraron justamente al actuar así? —Sí, pues churo, ¿qué otra cosa podían hacer? —dijo el señor K. —Tuvo la valentía y el mérito de asumir una tarea mortal. Y sucumbió en ella. ¿Cree usted que en lugar de enterrarle debían dejar que se pudriera al aire libre y soportar su hedor?

EL INSTINTO NATURAL DE PROPIEDAD

En una reunión alguien se refirió al instinto de propiedad como algo connatural al hombre, ocasión en la que el señor K. contó la siguiente historia de unos viejos pescadores:

»En la costa meridional de Islandia hay unos pescadores que dividieron su litoral en parcelas individuales mediarte boyas firmemente ancladas en el mar, repartiéndoselas luego entre ellos. Y se sienten atados a estas parcelas acuáticas con tanto apego como si de su propiedad se tratara. Tan unidos se sienten a ellas que no las dejarían por nada del mundo, ni siquiera si ya no encontraran peces, y desprecian a los habitantes costeros, a quienes les venden la pesca, como una raza superficial y desvinculada de la naturaleza. Sólo ellos se consideran una casta sólidamente arracada en las aguas. Últimamente parece que las cosas no les marchan tan bien económicamente y, sin embargo, rechazan con obstinación cualquier tentativa de reformas, hasta el extraño de haber derrocado ya varios gobiernos por el sólo hecho de que desatendían sus costumbres. Pues bien, estos pescadores muestran irrefutablemente la fuerza del instinto de propiedad a la que el hombre está subordinado por naturaleza.

SI LOS TIBURONES FUERAN HOMBRES

—¿Si los tiburones fueran hombres —le preguntó al señor K. la niña de su casera—, serían más amables con los pequeños peces? —Naturalmente —respondió él—. Si los tiburones fueran hombres harían construir en el mar grandes cajas para los pequeños peces, y las proveerían con todo tipo de alimentos, tanto vegetales como animales. Se cuidarían de que el agua siempre estuviese limpia en las cajas y adoptarían toda dase de medidas sanitarias. Si por ejemplo un pececito se hiriese eh la aleta se le aplicaría inmediatamente un vendaje para que no se les muriese a los tiburones antes de tiempo. Para que los pececitos no fueran propensos a la melancolía se celebrarían de tanto en tanto grandes fiestas acuáticas, pues los pececitos alegres saben mejor que los tristes. Evidentemente, estas cajas estarían equipadas con sus correspondientes escuelas. Los pececitos aprenderían en esas escuelas cómo debe nadarse en las fauces del tiburón. Por ejemplo, tendrían que aprender geografía a fin de saber dónde habría que encontrar a los grandes tiburones que haraganean en cualquier parte. Por supuesto que lo más importante sería la formación moral de los pececitos. Se les enseñaría que no hay nada más bello y sublime que un pececito que se sacrifica, alegremente, y que todos ellos debían tener fe en los tiburones, sobre todo en tanto que éstos velan por su felicidad futura. Se inculcaría a los pececitos que su futuro sólo estaría asegurado si aprendían obedientemente. Sobre todas las cosas, los pececitos deberían sustraerse a toda inclinación baja, materialista, egoísta y marxista, y advertir inmediatamente a los tiburones cuando en cualquiera de ellos se manifestaran tendencias semejantes. Claro que si los tiburones fueran hombres también se harían la guerra entre sí para conquistar otras cajas y pececitos extranjeros. Aunque dejarían que los mismos pececitos lucharan en las batallas. Les enseñarían que entre ellos y los pececitos de otros tiburones existen profundas diferencias. Predicarían que los pececitos, aunque mudos, como todo el mundo sabe, callan en lenguas completamente distintas, por lo que resulta imposible que se entiendan entre sí. Cada pececito que en la guerra diera muerte a un par de pececitos de los otros, de los

enemigos, es decir de los que callan en otra lengua, sería premiado con una pequeña condecoración de algas y recibiría el título de héroe. También existiría el arte si los tiburones fueran hombres. Se pintarían lindos cuadros representando los dientes de los tiburones con soberbios colores, sus fauces floreadas cual jardines en los que podría corretearse deliciosamente. Los teatros del fondo del mar mostrarían valerosos pececillos nadando con entusiasmo en las fauces de los tiburones, y la música sería tan encantadora que a sus acordes todos los pececillos, con la orquesta delante de ellos, se precipitarían ensoñadoramente y absortos en las ideas más sublimes, en la garganta de los tiburones. Tampoco faltaría una religión si los tiburones fueran hombres. Ella predicaría que la verdadera vida de los pececillos sólo comienza en la barriga de los tiburones. Además, si los tiburones fueran hombres los pececillos ya no serían iguales como ahora. Algunos obtendrían cargos y se colocarían por encima de los demás pececillos. Los que fueran algo mayores podrían incluso comerse a los más chicos. Eso les proporcionaría excelentes resultados a los tiburones, pues así podrían obtener más a menudo bocados mayores. Y los pececitos mayores que detentaran los cargos velarían por que reinase el orden entre los pececillos para que éstos llegasen a ser maestros, oficiales, ingenieros constructores de cajas y demás. En fin, la civilización reinaría por primera vez en los mares, si los tiburones fueran hombres.

ESPERAR

El señor K. esperó cierta cosa a lo largo de todo un día, luego, durante una semana, por último, durante un mes entero. Finalmente se dijo: —Hubiese podido esperar todo un mes, pero no ese día ni esa semana.

EL FUNCIONARIO IMPRESCINDIBLE

De un funcionario que seguía en su cargo desde hacía ya mucho tiempo oyó rumorear el señor K. que era imprescindible. Era, pues, un eficiente funcionario. ¿Cómo que imprescindible? —inquirió el señor K. malhumorado. —Este cargo no podría funcionar sin su presencia, le respondieron sus aduladores. —¿Y cómo va ser un buen funcionario si el cargo que desempeña no puede funcionar sin su presencia? —dijo el señor K. —¿Acaso no ha tenido bastante tiempo para poner las cosas suficientemente en orden para que sus funciones sean prescindibles? ¿En qué ocupa el tiempo realmente? Os lo voy a decir: ¡en la extorsión!

UNA AFRENTA SOPORTABLE

Un colaborador del señor K. fue incriminado por adoptar hacia él una actitud hostil. —Sí, pero sólo a mis espaldas —dijo el señor K. para disculparle.

EL SEÑOR K. CONDUCE UN AUTOMÓVIL

El señor K. había aprendido á conducir, pero no lo hacía muy bien al principio. —Hace muy poco que he aprendido a conducir un automóvil, dijo disculpándose. Pero hay que saber conducir dos, el propio y el que va delante. Sólo si se observan las posibilidades de maniobra del automóvil que te precede y se conocen sus obstáculos, puede saberse el modo en que uno debe conducir en relación con él.

EL SEÑOR K. Y LA LÍRICA

Después de leer un libro de poemas el señor K. dijo: —En Roma, los candidatos para los cargos públicos no podían llevar vestidos provistos de bolsillos cuando entraban en el foro, para que de esta forma no pudieran embolsarse el dinero de los sobornos. Tampoco los líricos deberían llevar mangas, pues así no podrían sacarse los versos de ellas.

EL HORÓSCOPO

A las personas que se hacían leer el horóscopo el señor K. les aconsejaba que indicaran a su astrólogo una fecha pasada, un día en el que les hubiese acontecido un hecho singularmente afortunado o una desgracia. Pues el horóscopo debería permitir hasta cierto punto la revelación de su misterio. Pero no fue grande el éxito que el señor K. obtuvo con semejante consejo, pues los más convencidos sólo obtenían de sus astrólogos datos sobre el estado favorable o desfavorable de los astros que no coincidían con sus experiencias. Sin embargo, éstos objetaban malhumorados que las estrellas sólo señalaban ciertas posibilidades que podían haberse presentado perfectamente en las fechas indicadas. El señor K. se mostró muy sorprendido y añadió otra pregunta. —Hay algo —dijo— que no acabo de entender del todo, y es que de todas las criaturas sólo los hombres estén influenciados por las constelaciones estelares. No creo que estas fuerzas dejen a los animales simplemente fuera de juego. ¿Pero qué sucede cuando, por ejemplo, una persona que es piséis y tiene una pulga que, por el contrario, es tauro, se ahoga en un río? Lo más probable es que la pulga se ahogue con él, a pesar de encontrarse bajo una constelación muy favorable. No, esto no me gusta nada.

MALENTENDIDO

Poco después de haber asistido a una reunión, el señor K. contó la siguiente historia: «En la gran ciudad X existe el llamado Club Humpf en el que todos los años era costumbre pronunciar varias veces “humpf” después de una excelente comida. Al club pertenecían personas a las que sencillamente les era imposible parapetarse detrás de sus opiniones y que a menudo tuvieron que sufrir la amarga experiencia de que sus opiniones fueran malentendidas. —De todas formas —añadió el señor Keuner inclinando la cabeza— me he dado cuenta de que ese “humpf” también ha sido malentendido por algunos, pues creen que no significa nada».

DOS CONDUCTORES

Cuando le preguntaron al señor K. cómo trabajaban dos actores de teatro, éste los comparó con dos conductores. —Conozco a uno que se conoce al pie de la letra todas las reglas de circulación, las respeta y sabe valerse de ellas. Acelera hábilmente para mantenerse inmediatamente después a una velocidad uniforme, mima su motor con el mayor celo y se abre paso entre los demás vehículos con tanta astucia como precaución. Otro conductor que también es un conocido mío procede de distinta manera. Más que por abrirse paso, se preocupa por el conjunto de la circulación y se siente como su partícula integrante. No se atiene a sus derechos ni trata de sobresalir personalmente. Mentalmente, conduce con el automóvil que le precede y con el que le sigue, y siente gran satisfacción siempre que el conjunto de todos los vehículos, incluidos los peatones, pueda seguir avanzando.

SENTIMIENTO DE JUSTICIA

Los huéspedes del señor K. tenían un perro. Este llegó un día cabizbajo y ostentando todos los signos de la culpabilidad. —Este perro ha hecho una de las suyas. Tienen que decirle enseguida alguna frase severa e indignada —aconsejó el señor Keuner. —Pero si no tengo la menor idea de la trastada que haya podido hacer —objetó su huésped. —Eso tampoco puede saberlo el perro —repuso rápidamente el señor K.— pero tienen que darle inmediatamente muestras de su dolida disconformidad, de lo contrario, su sentimiento de justicia se sentirá herido.

DE LA AMABILIDAD

El señor K. tenía en muy alta estima la amabilidad. Siempre decía: —Conversar con una persona por pura cortesía, no juzgar a nadie por sus posibilidades, ser amable sólo con quien es amable, tratar fríamente a quien es caluroso, y calurosamente a quien se comporta fríamente, eso no es ser amable.

(EL SEÑOR KEUNER Y EL DIBUJO DE SU SOBRINA)

El señor Keuner estaba examinando el dibujo de su sobrinita que representaba una gallina volando por encima de una aldea. —¿Cómo es que esta gallina tiene tres patas? —le preguntó el señor Keuner. —Las gallinas no pueden volar —respondió la pequeña artista— por eso necesita una tercera pata, para darse empuje. —Me alegro de haberlo preguntado —dijo entonces el señor Keuner.

EL SEÑOR KEUNER Y EL EJERCICIO FÍSICO

Un amigo le contó al señor K. que su salud había mejorado notoriamente desde que en otoño había recogido las cerezas de un gran árbol que había en su jardín. Se había deslizado hasta la última rama y los diferentes movimientos al extender los brazos por encima y en tomo a su cuerpo debieron resultarle beneficiosos.

—¿Se comió usted las cerezas? —le preguntó el señor Keuner, y al obtener una respuesta afirmativa añadió: —Esos son ejercidos corporales que yo también me permitiría.

ENOJO Y ENSEÑANZA

—Es difícil enseñar a aquellas personas con las que se está enojado —dijo el señor Keuner—. Y sin embargo, es muy necesario, puesto que son las que más lo necesitan.

(DE LA SOBORNABILIDAD)

El señor Keuner charlaba en una empresa de su época sobre el conocimiento puro y como indicara que éste sólo podía alcanzarse combatiendo la sobornabilidad, algunos oyentes le preguntaron de qué clase de soborno se trataba. —El dinero —respondió inmediatamente el señor Keuner. Y no se hizo tardar la irrupción de grandes ¡Oh! y ¡Ah! de asombro y hasta alguna mueca de indignación. Con ello se ponía de manifiesto que la audiencia esperaba una respuesta más sutil. Saltaba a la vista el deseo de que las víctimas del soborno lo fueran por motivos más elevados y espirituales y que por nada del mundo se quería admitir que una persona pudiera ser sobornada por esa sola razón mezquina.

Suele decirse que muchas personas se dejan sobornar por los honores. Pero con ello se pretendía dar a entender que no es sólo el dinero lo que cuenta. Y mientras que a una persona a la que se hubieran probado ingresos fraudulentos se la desposeería inmediatamente de su dinero, se aceptan en cambio sus honores, por mucho que los hubiera adquirido ilegítimamente.

Así, muchas de las personas a las que se inculpa de usurpación prefieren dar a entender que se han apoderado de dinero para ejercer el poder a que se les diga que han abusado del poder para conseguir dinero. Sin embargo, allí donde el dinero significa poder, el ejercicio de éste no puede justificar la usurpación de dinero.

(ERROR Y PROGRESO)

Cuando sólo se piensa en uno mismo difícilmente puede admitirse haber cometido un error, con lo cual nada se progresa. Por eso es conveniente pensar en aquellos que prosiguen el trabajo que uno mismo ha empezado. Sólo así se impide que algo se dé por acabado.

(CONOCER LA CONDICIÓN HUMANA)

El señor Keuner conocía muy precariamente la condición humana. Así, decía: —Sólo se precisa conocer al hombre cuando se tiene y se pretende su explotación. «Pues pensar significa transformar». Cuando pienso en alguien lo metamorfoseo, de modo que casi llego a creer que esa persona no es como es, sino que ha sido siempre tal como yo comencé a pensarla.

(EL SEÑOR KEUNER Y LA MAREA)

Paseando por un valle, reparó de pronto el señor Keuner que sus pies chapoteaban en el agua. Se dio cuenta entonces de que su valle no era en realidad sino un brazo de mar y de que se aproximaba el momento de la marea. Inmediatamente se detuvo para mirar si encontraba una barca, y mientras la esperaba no despegó sus pies del lugar. Pero al no ver ninguna barca abandonó esta esperanza, confiando entonces en que la marea no ascendiera más. Sólo cuando el agua le llegó al cuello abandonó esta nueva esperanza y se puso a nadar. Había descubierto que él mismo era una barca.

EL SEÑOR KEUNER Y LA ACTRIZ

El señor Keuner tenía una amiga actriz que recibía obsequios de una persona adinerada. Tenía por ello una opinión sobre los ricos muy distinta a la del señor Keuner. Este consideraba que los ricos eran mala gente, mientras que su amiga pensaba que no todos ellos eran malos. ¿Por qué creía que no todos los ricos eran malos? No era por recibir obsequios de sus manos, sino porque los aceptaba, pues se consideraba a sí misma incapaz de aceptar los obsequios de una mala persona. Tras mucho cavilar, el señor Keuner llegó a pensar sobre ella algo muy distinto de lo que ella pensaba de sí misma. —Quédate con su dinero —le dijo el señor Keuner (valiéndose de lo inevitable). —Esos obsequios no los han pagado, los han robado. Quédate con el botín de esos ladrones para que puedas convertirte en una buena actriz. —¿Es que no puedo ser una buena actriz sin tener dinero? —le preguntó su amiga. —¡No! —dijo tajantemente el señor Keuner— ¡No, no y no!

(EL SEÑOR KEUNER Y LOS PERIÓDICOS)

El señor Keuner se encontró con el señor Embrollo, el apóstata de los periódicos. —Soy un enemigo declarado de los periódicos —le dijo el señor Embrollo, —No tolero un solo periódico ante mi vista. El señor Keuner respondió: —Yo soy un enemigo declarado de los periódicos: quiero ver otros periódicos.

—Escríbame en una hoja de papel —le propuso el señor Keuner al señor Embrollo— las condiciones que usted exigiría para que le fuera tolerable la publicación de los periódicos. Pues de todas formas, los periódicos seguirán publicándose. Yo, por ejemplo, preferiría que permitiera usted el tiraje de periódicos sobornables, pues me resultaría tanto más fácil sobornarlos para que fueran mejores. Pero incluso si usted propone periódicos insobornables ya tendríamos por dónde empezar; podríamos investigar si existe alguno y, en caso de que no los hubiera, crearlos por nuestra cuenta. Escriba en un papel cómo deben ser los periódicos y si encontramos alguna hormiga que autorice la nota podremos poner inmediatamente las manos en la obra. Una hormiga puede proporcionamos una ayuda incomparablemente mayor para la reforma de los periódicos que un vociferar generalizado sobre la incorregibilidad de los periódicos. Antes superará una sola hormiga la mayor cordillera que el clamor de que es insuperable.

Si los periódicos constituyen un instrumento del desorden, también lo son del orden. Son precisamente personas como el señor Embrollo las que revelan con su malestar la importancia de los periódicos. El señor Embrollo cree estar ocupándose de la futibilidad actual de los periódicos, cuando en realidad de lo que se trata es de su importancia de mañana.

El señor Embrollo tenía a los hombres en alta consideración y a los periódicos por incorregibles, en cambio, el señor Keuner consideraba despreciables a los hombres pero tenía a los periódicos por mejorables. —Todo puede mejorarse —decía el señor Keuner— todo excepto los hombres.

DEL PERJURIO

¿Debe mantenerse la palabra dada?

¿Pero acaso hay que dar palabra? Cuando algo ha de prometerse es que no reina el orden entre las cosas. Luego, debe establecerse este orden. Nada puede prometer el hombre. ¿Qué le promete el brazo a la cabeza? Que seguirá siendo brazo y no pie. Y, sin embargo, cada siete años es otro brazo. Si uno traiciona al otro, ¿traiciona acaso al mismo al que ha dado palabra? Aquel a quien se ha prometido algo se encuentra siempre bajo circunstancias cambiantes y se transmuta constantemente de acuerdo con ellas, convirtiéndose en otro distinto del que era. ¿Cómo, entonces, se le puede mantener a él la palabra que se dio a otro? El pensador perjura. Nada promete el pensador… a no ser que seguirá siendo un pensador.

COMENTARIO

Decía el señor Keuner de alguien: —Es un gran estadista. No se deja impresionar por lo que uno es, sino por lo que puede ser.

Por esto, no debe uno asombrarse de que los hombres sean hoy explotados por causa de sus propias desgracias sino de que deseen ser explotados. La culpa de los que los explotan por su desgracia es tanto mayor por cuanto abusan de un deseo de gran decencia.

(SOBRE LA SATISFACCIÓN DE LOS INTERESES)

La razón fundamental por la que los intereses tienen que ser satisfechos reside en que existen muchísimas ideas que no pueden pensarse en la medida en que se oponen a los intereses de los pensadores. Cuando los intereses no pueden satisfacerse es necesario destacarlos y señalar sus diferencias, pues sólo así puede el pensador pensar ideas útiles para los intereses de los demás, ya que más fácil que pensar sin intereses, es pensar para intereses ajenos.

LAS DOS OFRENDAS

Cuando llegaron los tiempos de los disturbios sangrientos, el pensador, que los había previsto y de los que profetizó que acabarían con él, aniquilándolo y enterrándolo por largo tiempo, tuvo que desaparecer de su domicilio oficial.

Señaló entonces lo que deseaba llevarse consigo, no sin temor de que pudiera ser demasiado para la mínima expresión de espacio a la que se vería reducido. Una vez reunidos y apilados frente a él, todos aquellos objetos no ocupaban un volumen mayor de lo que una persona puede llevarse consigo, ni de lo que una persona puede regalar. El pensador se sosegó mansamente y pidió que le metiesen aquellos objetos en un saco, y que quedó prácticamente lleno de libros y papeles que no contenían más saber de lo que un hombre puede normalmente olvidar. Cogió el saco y con él una manta que eligió entre las que resultaban más fáciles de lavar. De todos los demás objetos con los que, hasta entonces se había rodeado se desprendió, entregándolos con una frase de pesar y las cinco frases de la conformidad.

Esta fue la primera ofrenda.

Sin embargo, hubo otra ofrenda más difícil que la primera. En los caminos de la clandestinidad, el pensador dio algunas veces con una casa más amplia, y en día, poco antes de que los sangrientos disturbios acabaran con él, tal como había predicho, cambió su manta por otras mantas más lujosas o más mantas, y dejó también su saco, con una frase de pesar y las cinco frases de la conformidad, olvidándose asimismo de su saber, para que la expiación fuera más completa.

Esta fue la ofrenda difícil.

(EL SIGNO DE UNA BUENA VIDA)

En cierto lugar el señor Keuner vio una silla espléndidamente labrada y la adquirió. —Espero —decía— que mis cavilaciones sobre la manera como debería organizarse una vida en la que una silla como ésta no despertara la atención o en la que el disfrute que proporciona no tuviera nada de deshonroso ni de distinguido, espero, que estas reflexiones me lleven a buen puerto.

»Algunos filósofos —contaba el señor Keuner— se han preguntado cómo sería una vida en la que toda situación apurada se decidiera por una circunstancia cualquiera. Si disfrutáramos de una buena vida no necesitaríamos de hecho ni grandes móviles, ni consejos demasiado sabios, y toda esta complicada elección que precede a los momentos decisivos desaparecería por completo —dijo el señor Keuner lleno de entusiasmo por su descubrimiento.

(DE LA VERDAD)

El discípulo Profundo se aproximó al señor K., el Pensador, y le dijo: —Quiero conocer la verdad.

—¿Qué verdad? La verdad es conocida. ¿Acaso quieres saber la del comercio pesquero? ¿La de los impuestos, tal vez? Si porque te digan la verdad del comercio pesquero no pagas a mejor precio sus pescados, no la encontrarás nunca —le respondió el señor Keuner.

¿AMOR A QUIEN?

De la actriz Z. se contaba que se había dado muerte a causa de un amor desdichado. El señor Keuner dijo: —Se ha suicidado por amor a sí misma, pues es imposible que X. la haya amado. De lo contrario, ella no le hubiera hecho esto. El amor es algo que se da y no algo que se retiene. El amor es el arte de producir algo con las posibilidades de otro. Para ello se necesita la estima y el afecto de otro. Y esto siempre puede conseguirse. El deseo desproporcionado de ser amado tiene poco que ver con el auténtico amor. El amor a sí mismo siempre tiene algo de suicida.

¿QUIÉN CONOCE A QUIÉN?

El señor Keuner preguntó a dos señoras por sus respectivos maridos. Una de ellas dio la siguiente respuesta: —He vivido veinte años con él. Hemos dormido en la misma alcoba y en el mismo lecho. En las comidas siempre hemos estado juntos. Él me contaba todos sus asuntos. Conocí a su familia y me relacioné con todos sus amigos. Conocía todas sus enfermedades, las que él mismo sabía y algunas más. De todos los que le conocen yo soy quien le conozco mejor. —¿Le conoces, pues? —le preguntó el señor Keuner. —¡Claro que le conozco!

Pero el señor Keuner preguntó a otra señora por su esposo. Esta le contó lo siguiente:

—A menudo se ausentaba de casa mucho tiempo, y no sabía siquiera si pensaba regresar. Ya hace un año que no le veo y no sé si esta vez volverá. No sé si viene de una buena familia o ha sido del arroyo. Yo vivo en una buena casa, y quién sabe si viviría conmigo si se tratara de una casa pobre. Nunca me cuenta nada y sólo habla de mis cosas. Las conoce al dedillo. Sé lo que dice, pero no pocas veces me pregunto si lo sé realmente. Cuando viene, unas veces trae hambre, otras está saciado. Pero no siempre come cuando tiene hambre, y estar saciado no le impide aceptar una comida. En una ocasión llegó herido a casa. Yo le curé. Una vez tuvieron que traerle. En cierta ocasión expulsó de mi casa a todo el mundo. Cuando le digo que es un ser turbio, sonríe y me dice: es turbio lo que se encuentra lejos, pero cuando está junto a ti se vuelve transparente. A veces, estas palabras le ensombrecen. No sé si le quiero. Yo…

—No sigas, interrumpió bruscamente el señor Keuner, veo perfectamente que le conoces. Nadie conoce mejor a otro hombre que tú a él.

(EL MEJOR ESTILO)

Lo único que el señor K. decía a propósito del estiló era lo siguiente: —Tendría que ser citable. Una cita es impersonal. ¿Quiénes son los mejores hijos? Los que dejan a sus padres en el olvido.

EL SEÑOR KEUNER Y EL MÉDICO

El médico S. se lamentaba ante el señor K.: —He escrito sobre muchos procesos que en realidad se desconocían. Y no sólo he escrito sobre ellos, sino que los he curado. —¿Y se conocen en la actualidad los procesos sobre los que entonces trataste? —le preguntó el señor Keuner.

—No —respondió S. —Más vale —repuso rápidamente el señor Keuner — que lo desconocido siga desconociéndose a que los misterios se multipliquen.

(MEJORES IGUALES QUE DIFERENTES)

No es conveniente que los hombres sean diferentes, es mejor que sean iguales. Las personas iguales se agradan mutuamente, las diferentes se fastidian.

(EL PENSADOR Y EL FALSO DISCÍPULO)

Un falso discípulo se acercó al señor K., el pensador, a contarle lo siguiente: —En América existe un becerro de cinco cabezas. ¿Qué me dices a esto? —No digo nada —respondió el señor K. El falso discípulo sintió un inmenso placer y añadió: —Si fueras más sabio sabrías deducir cosas de este hecho.

El necio espera mucho. El pensador habla poco.

(DE LA ACTITUD).

—La sabiduría es una de las consecuencias de la actitud. Y sin embargo no es el objetivo de la actitud: es por eso que la sabiduría no puede mover a nadie a imitar una actitud.

»Yo como de una forma distinta de la vuestra. Pero no sería ocioso que comierais de la misma forma que yo. Lo que digo, que la actitud hace el acto, puede ser cierto. Debéis velar para que esa consecuencia se cumpla.

»A menudo me doy cuenta —decía el pensador— de que adopto la misma actitud que mi padre. Y no obstante, los actos de mi padre son distintos a los míos. ¿Por qué ejecuto otros actos? Porque existen otras necesidades. Pero he observado que la actitud tiene mayor resistencia que la manera de actuar, porque resiste a la necesidad.

»Hay quien sólo puede hacer un solo acto si no quiere perder la compostura. No pudiéndose adaptar a las necesidades, acaba por sucumbir. Pero quien tiene una actitud puede hacer muchas cosas sin perder por ello la compostura.

(TODO AQUELLO CONTRA LO QUE ESTABA EL SEÑOR KEUNER)

El señor Keuner no estaba a favor de las despedidas, ni de los saludos, ni de los aniversarios, ni de las fiestas, ni de terminar los quehaceres, ni de comenzar una nueva vida, ni dé los ajustes de cuentas, ni de la venganza, ni de los juicios terminantes.

(DE CÓMO HACER FRENTE A UNA TORMENTA)

«Al pensador le sorprendió una enorme tormenta cuando se bailaba dentro de un gran coche que ocupaba mucho espacio. Lo primero que hizo fue descender del coche; lo segundo, quitarse el abrigo; lo tercero, echarse al suelo. De este modo pudo resistir a la tormenta exponiendo la mínima superficie». Al leer esto el señor Keuner dijo: —Es conveniente conocer las intenciones que alimentan los otros respecto de uno mismo. De lo contrario no le entenderían a uno.

(LA ENFERMEDAD DEL SEÑOR KEUNER)

—¿Cómo es que estás enfermo? —le preguntaba la gente al señor Keuner —. Porque en el Estado no andan en orden las cosas —respondió—. Es por eso que mi vida tampoco sigue en orden, y mis riñones, mis músculos y mi corazón padecen desarreglos.

»Cuando llego a la ciudad me encuentro con que todo discurre a un ritmo ya mayor, ya menor que el mío. Hablo con quienes hablan y sólo escucho cuando todos escuchan. Todo el provecho que saco de mi tiempo lo debo a la confusión, pues de la claridad no se obtiene provecho alguno; además sólo hay uno que la posea.

INSOBORNABILIDAD

Cuando le preguntaron cómo podría educarse a una persona para que fuera insobornable, el señor Keuner respondió: —Procurando que quede saciada. Cuando le preguntaron cómo debía procederse para inducir a alguien a que diese buenos consejos, respondió el señor Keuner: —Procurando que esta persona participe de los beneficios que proporcionaron sus consejos y que, de otro modo, es decir por sí sola, no pueda disfrutar de las consiguientes ventajas.

(LA CUESTIÓN DE LA RESPONSABILIDAD)

Una discípula se lamentaba del carácter traicionero del señor Keuner. —Tal vez —se justificaba éste —tu belleza se haya revelado antes de tiempo y se haya olvidado demasiado pronto. Pero en cualquier caso, la culpa la hemos de tener tú y yo, ¿y quién si no? —y le recordó los requisitos para conducir un automóvil.

LA IMPORTANCIA DE LOS SENTIMIENTOS

El señor Keuner pasaba unos días en el campo con su hijo pequeño. Una mañana lo encontró en un rincón del jardín gimoteando. Averiguó el motivo de su disgusto y se marchó de paseo. Pero al regresar el niño seguía llorando. Le llamó entonces y le dijo: —Es absurdo que sigas llorando, pues con el viento que hace es imposible que nadie te pueda oír. El niño quedó perplejo, pero se dejó convencer por el razonamiento y regresó a su montoncito de arena sin manifestar otros sentimientos.

DEL SEÑOR KEUNER EN SU JUVENTUD

. Alguien contó del joven Keuner que una muchacha que le gustaba mucho le dijo una mañana: —Esta noche he soñado con Usted. Y se comportaba Ud. muy razonablemente.

(LUJO)

A menudo, el pensador recriminaba a su amiga su afán de lujo. En una ocasión reparó que tenía cuatro pares de zapatos.

—Es que calzo cuatro diferentes tipos de pie —alegó su amiga.

El pensador sonrió y preguntó:

—¿Y qué haces cuando se estropea un par?

Ella advirtió entonces que su amigo no se había enterado bien, y añadió:

—Me he confundido… Es que calzo cinco tipos de pie.

Con lo cual, el pensador se quedó definitivamente enterado.

(SIERVO O SEÑOR)

—Quien no se ocupa de sí mismo no hace sino inducir a otros a ocuparse de él. Es un siervo o un señor. Un siervo y un señor apenas se distinguen entre sí, salvo para el siervo o para el señor —dijo el señor Keuner, el pensador.

—Así, lo justo es que cada cual se ocupe de sí mismo…

—Quien se ocupa de sí mismo no se ocupa de nada. Es un siervo de nadie y su señorío se ejerce sobre nada.

—Entonces, ¿lo justo es no ocuparse de sí mismo?

—Sí, cuando no existen razones para que otros se ocupen de uno mismo, es decir, que no se ocupen de nada y sirvan a la nada que ellos mismos no son, o señoreen sobre la nada que ellos mismos no son —dijo el señor Keuner, el pensador, sonriendo.

(UNA ACTITUD ARISTOCRÁTICA)

En cierta ocasión dijo el señor Keuner:

—Yo también adopté en cierta ocasión una actitud aristocrática (ya sabéis, «firmes y gallardos, la mirada al frente»[1]). Me encontraba en el agua en un momento en que la marea subía. Y cuando el agua me llegó al cuello decidí adoptar esta actitud.

(SOBRE EL DESARROLLO DE LAS GRANDES CIUDADES)

Muchas personas viven convencidas de que las grandes ciudades o las fábricas seguirán creciendo ininterrumpidamente hasta alcanzar en el futuro dimensiones inconmensurables. Para unos constituye una pesadilla, para otros una esperanza. De cualquier modo no existe un método claro para determinar lo que sucederá.

Sin embargo, el señor Keuner aconsejaba seguir simplemente el curso de la vida sin preocuparse por él cariz que iban tomando estas cosas, y no actuar, por consiguiente, como si las ciudades y las fábricas estuvieran destinadas a ensancharse desmedidamente.

—El desarrollo de todas las cosas parece contar con la eternidad —decía —. ¿Quién se hubiera atrevido jamás a poner de un modo u otro límites al crecimiento del elefante, cuyo tamaño sobrepasaba, y con mucho, al del ternero? Y, sin embargo, sólo llegó a proporciones mayores que las de un ternero, pero jamás sobrepasó a las del elefante.

SOBRE LOS SISTEMAS

—Muchos errores —decía el señor Keuner— derivan de que no se interrumpa o se interrumpa muy pocas veces a los oradores. Es muy fácil que de esta forma se constituya un todo engañoso que, por ser unitario, ya que nadie lo pone en duda, parece conforme en sus elementos particulares, cuando éstos no están conformes sino con el todo. No pocas contrariedades se desprenden de ello o perduran por el hecho de que una vez eliminados los hábitos perjudiciales persiste todavía un deseo que invita a sucedáneos de mayor solidez. La satisfacción engendra el deseo. Por decirlo con una imagen, a estas personas debilitadas que sienten constantemente el deseo de sentarse habría que construirles en invierno unos bancos de nieve, de modo que, llegada la primavera, cuando los jóvenes se sienten más robustos y los ancianos descansan en sus tumbas, esos bancos desapareciesen por sí mismos.

ARQUITECTURA

En una época en la que las concepciones pequeño-burguesas predominaban en el gobierno, un arquitecto consultó al señor Keuner si debía aceptar el encargo de una gran construcción.

—Durante cientos de años, han persistido en nuestro arte los errores y los compromisos —dijo el Desesperado.

—Pero ya no —respondió el señor Keuner—. Desde que los medios de destrucción han alcanzado tan prodigioso desarrollo, vuestras construcciones no son más que tentativas, proyectos sin grandes garantías. Objetos de contemplación para alimentar los debates del público. Y por lo que respecta a esos pequeños y abominables ornamentos como las columnitas y demás, los considero superfluos, pues con un buen pico muy pronto puede hacerse justicia a las grandes líneas puras. Confía en los hombres y en la rapidez del desarrollo.

APARATO Y PARTIDO

En su día, cuando tras la muerte de Stalin, el partido procedió a desplegar un nuevo tipo de productividad, muchos protestaron:

—¡Ya no existe el partido, no tenemos más que un aparato! ¡Abajo con el aparato!

Sin embargo, el señor Keuner observó:

—El aparato es la estructura ósea de la administración y del ejercicio del poder. Durante un período que se ha prolongado en exceso no habéis visto más que el esqueleto. Y no vayáis ahora a echarlo todo a perder. Cuando le hayáis dotado de músculos, nervios y órganos, ese esqueleto dejará de ser visible.

NOTA

Esta colección de narraciones ha sido completada con un texto encontrado en sus escritos póstumos («De los sistemas»). Siguiendo un criterio opuesto al que hasta ahora había guiado la edición de las obras de Brecht (siguiendo su orden de aparición), este texto se ha emplazado de tal modo que preceda a los dos que con toda certeza fueron escritos posteriormente.

Las primeras publicaciones de «Historias del señor Keuner» aparecieron en: «Versuche», n. 1, Berlín, 1930, número 5; Berlín, 1932, núm. 12; Frankfurt, 1953; «Kalendergeschichten», Berlín, 1949; «Sinn und Form», 2; «Sonderheft Bertolt Brecht», Berlín, 1957; «Geschichten», volumen 81 de «Bibliothek Suhrkamp», 1962, y «Prosa», volumen 2, Frankfurt, 1965.



BERTOLT BRECHT nació el 10 de febrero de 1898 en Augsburgo (Baviera) en el seno de una próspera familia. Su padre era propietario de una fábrica de papel. Crece en su pueblo natal y desde la adolescencia revela su vocación de escritor.

Se inscribe a la Escuela de Medicina en la universidad de Ludwig-Maximiliam de Munich. A la vez asiste a seminarios de teatro con Artur Kutscher. Cursó estudios en las universidades de Munich y Berlín.

Desde los 15 años inicia una relación sentimental con Paula Banholzer. En 1919 nace su primer hijo, Frank, y el autor participa con guiones en el *cabaret* político Karl Valentin de Baal.

En el año 1924, aparece como autor teatral en el Berlín Deutsches Theater, bajo la dirección de Max Reinhardt. En sus primeras obras se puede observar la influencia del expresionismo. En 1928, escribió un drama musical, *La ópera de los dos centavos*, con el compositor alemán Kurt Weill. Se estrenó en Berlín en 1928. En 1924 conoció a Elisabeth Hauptmann, una escritora y traductora un año mayor que él, y se hicieron casi de inmediato amantes y colaboradores literarios. En ese mismo año, comenzó a estudiar el marxismo, y, desde 1928 hasta la llegada de Hitler al poder, escribió y estrenó varios dramas didácticos musicales.

La ópera *Ascensión y caída de la ciudad de Mahagonny* (1927-1929), de nuevo con música de Weill, era una crítica al capitalismo. Durante este periodo dirigió a los actores y comenzó a desarrollar el teatro épico. Se decantó por una forma narrativa libre en la que aparecían mecanismos de distanciamiento tales como los apartes y las máscaras para evitar que el espectador se identificara con los personajes de la escena. Esta característica aparece en *La toma de medidas, La excepción y la regla, El que dice sí y el que dice no*…

Su oposición al gobierno de Hitler, le obligó a exiliarse de Alemania en 1933, viviendo primero en Escandinavia y estableciéndose finalmente en California en 1941. En estos años escribió algunas de sus mejores obras, como *La vida de Galileo Galilei* (1938-1939), *Madre Coraje y sus hijos* (1941), que consolidaron su reputación como importante dramaturgo, y *El círculo de tiza caucasiano* (1944-1945).

En 1948 regresó a Alemania, se estableció en Berlín Este, donde fundó su propia compañía teatral, el Berliner Ensemble. Escribió también varias colecciones de poemas.

Bertolt Brecht falleció el 14 de agosto de 1956 en Berlín de un ataque cardiaco, dejando inacabada la novela *Los negocios del señor Julio César*.

Notas

[1] Lema de las juventudes hitlerianas (*n. del T.*). **<<**